

# Los personajes que parecen etiquetas

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

La propaganda, como el universo de la ficción, tiene sus personajes clásicos. El hombre del gran bacalao a cuevas en los frascos de emulsión; el perro auditivo en los discos de La Víctor; el cuáquero de las latas de avena; el científico victoriano en la portada de los almanaques Bristol; la vendimiadora del amplio canasto en las cajitas de uvitas de pasa; el dandy trotamundo que, impertinente y risueño con su monóculo en el ojo derecho, que trata de atravesar desde hace ciento cuarenta y cinco años el breve espacio de una marca de whiskey escosés. Todos ellos han dejado ya de ser simples referencias comerciales, para penetrar, con sobrados méritos, en un círculo de fantasías que los hace vecinos de Pinocho, del Gato con Botas, de Caperucita Roja y de Pulgarcito. Han dejado de ser etiquetas de productos comerciales para convertirse en personajes de carne y hueso. El secreto de esta mutación radica en que cada uno de ellos nos ha sido familiar desde la infancia. Han sido personajes pintorescos con algo de caseros como el vendedor de helados o caramelos, como la lavadora que nos visita los domingos, como el alguacil de nuestro barrio. Somos eso simplemente: rostros que se detienen ante las vitrinas de abarrotes, niños que comimos dulces, ingenuos que consultamos el ritmo de las cosechas o el futuro de una pasión amorosa en un almanaque, desmirriados infantes con una madre plantada ante nosotros con una cuchara de emulsión en la mano, charlatanes de bar alrededor de una botella.

Para lo único que sirven los almanaques Bristol es para envejecer en los baúles. Cuando nos encontramos con uno de ellos, siempre tiene varios años de retraso. Sus cálculos, como es de toda lógica, tratándose de una adivinanza sideral, siempre son errados. Pero cuánta poesía, cuánto adorable chiste malo, cuánto ingenuo consejo y cuántas máximas de escuela pública hay en sus páginas. Encontrarse con un almanaque Bristol es como encontrar una carta amorosa de un pariente, fechada en un día misteriosamente lejano. Todo su anacronismo desaparece de golpe, nos borra el tiempo, para dejarnos sumidos en una atmósfera de imprecisión, de aromas vagamente aspirados, de memorias que pugnan por arribar nuevamente el paraje de nuestros sentidos. El señor que indefectiblemente aparece en la portada del almanaque, sin bigotes pero orlado por una suave barba, parece el médico bueno y humanitario de una mala novela de Dickens. De esa

novela que, precisamente por no haber sido escrita, dejó al personaje a mitad de camino.

El hombre del gran pez a la espalda es ese mismo Gulliver que llegaba todas las mañanas a nuestra casa y ponía su escamosa carga sobre la mesa del comedor. Entonces, a una hora precisa de la luz y de la voz de la madre, despertaban suavemente los ruidos marinos y los timbres verbales de la casa. El hombre de la emulsión, el hombre que venía hasta nosotros desde su hiperbórea patria de hielos y de bruma, era un pariente más, un bulto entre los árboles, alguien que tenía derecho a esperar, sentado en un taburete de cuero, con su sombrero sobre las rodillas, su parte del desayuno. El pescador era una sonrisa grande y bondadosa sobre unas vestiduras apacibles. Algo de leyenda o de música emanaba de él. Lamíamos la cuchara y mirábamos su cara ancha sobre el fondo vegetal del pueblo. Recostado al horcón de vidrio del frasco de emulsión. Paternal y amable con su carga de juventud futura, de miembros sólidos y futuros entre su pez de calcomanía.

La zagala del cesto cargado de uvas, vivía en la azotea de la alacena. Necesitábamos una silla, un libro sobre la silla, y un cajoncito vacío sobre el libro para dialogar con ella. Era una princesita de cuento disfrazada de vendimiadora. Con su carita de Blanca de Nieve y sus brazuelos de tierna manzana. Todo ella era un aroma, profundo y dulce, como el de la tabaquera que nos daba a oler el médico inglés que visitaba a nuestro tío. Un aroma sólido que era violentamente masticado por nuestras fauces nasales apenas rebasábamos el murito de la azotea de la alacena. Abajo, entre los senderos del patio, seguía paseando el hombre del bacalao a cuestas. Y nosotros en la cima, mientras consumíamos las uvitas rugosas, cuya sabrosura aumentaba la prohibición, conversábamos —en una conversación sin palabras, hecha con los vocablos del regusto, con los vocablos de las glándulas salivales y de la travesura satisfecha— con la infantita sonrosada que cantaba a la puerta de su palacete de cartón. Era como vivir y respirar en la página de un cuento. El comedor y el tramo de la techumbre, que alcanzábamos a divisar con nuestra pupilas oblicuas, se tornaba manso y colmado de palpitantes olores como una bestia respirando. La casa entera —con su dichosa condescendencia, con su quietud, con sus rincones cómplices— participaba de nuestra trastada. En esos brevísimos instantes éramos felices. Definitivamente niños felices. Gozando de esa alegría sobresaltada y nueva que tiene el primer vuelo de un pájaro.